ESPACIOS PARA LA CULTURA | SPACE FOR CULTURE

Patricio Mardones Hiche

Para abrir esta edición dedicada a los espacios para la cultura, valdría la pena recordar a un hombre que encarnó un punto de vista radical y adelantado al respecto. Pontus Hultén, historiador de arte y curador nacido en Suecia en 1924, describió así su exposición *Utopians and visionaries 1871-1981*, realizada en 1971 en el Moderna Museet de Estocolmo: “...fue la primera exposición al aire libre de esta tipología. Una de las secciones era una celebración del centenario de la Comuna de París, en la que la obra se agrupaba en cinco categorías –trabajo, dinero, escuela, prensa y vida de la comunidad– que reflejaban sus objetivos. Había un servicio de impresión en el museo; se invitaba a la gente a producir sus propios posters y copias. Las fotos y las pinturas se instalaban en los árboles. Había también una escuela de música dirigida por el gran músico de jazz Don Cherry, el padre de Neneh Cherry. Construimos una de las cúpulas geodésicas de Buckminster Fuller en nuestros talleres y nos lo pasamos en grande. Un télex permitía a los visitantes plantear preguntas a personas de Bombay, Tokio y Nueva York. Cada participante tenía que describir la imagen que tenía del futuro, de cómo sería el mundo en 1981”. Hace 40 años, y desde el núcleo institucional –era el director del Museo– Hultén montaba a cielo abierto una operación participativa y multidisciplinar, que echaba mano a tecnologías constructivas y comunicacionales de punta para celebrar el aniversario de un cambio político clave en la historia de Occidente.

Con esta y otras exposiciones como *Poetry must be made by all!* o la controversial *Hon* (una enorme estructura construida en 1966 junto a Nikki de St. Phalle, Jean Tinguely y Per Olof Ultvedt, con la forma de una mujer recostada dentro de la cual se proyectaba una película de Greta Garbo, mientras en el pecho derecho había un café, en el izquierdo un planetario y una de las piernas alojaba una galería falsificaciones de obras maestras) Hultén dejaba claro que para él el museo era, literalmente, “espacio disponible” para las expresiones marginadas del teatro, la ópera, las ciencias o las artes en general: todo lo que no tuviese cabida en el circuito cultural establecido podía encontrar un lugar en el museo. Esa actitud anunciaba su futuro como director fundador del Centro Georges Pompidou en París, inaugurado en 1977 y tan caro a las utopías de fines de los sesenta.

La misma mirada anima la reflexión que ARQ81 intenta estimular: si la cultura es el conjunto total de modos de vida, creencias y costumbres de un grupo o época, el espacio para la cultura debiera ser necesariamente un ámbito colectivo y de participación; una instancia de intercambio, juego y encuentro y, ante todo, un campo no resuelto, donde aún hay espacio disponible. La inmunidad a la norma legal y social de las animistas en Chile, la celebración de fiestas multitudinarias en las calles catalanas, el replanteo de la estructura de una biblioteca pública en Seattle y los proyectos de arte en las barriadas de Quito que este número presenta hablan, justamente, de ese espacio en blanco que levanta sus barreras y posibilita la construcción espontánea y colectiva de nuevas realidades.

To open this edition dedicated to cultural spaces, it would be fitting to mention a man that embodied a radical point of view with respect to such matter. Pontus Hultén, art historian and curator, born in Sweden in 1924, described his exhibit, *Utopians and visionaries 1871-1981*, taking place in 1971 in the Moderna Museet of Stockholm as such: “...it was the first open air show of its kind. One of the sections was a centennial celebration of the Paris Commune, in which the work was grouped in five categories (work, money, school, press, and community life) reflecting their subjects. There was a printing service in the museum. People were invited to produce their own posters and copies. The photos and pictures were installed in the trees. There was also a music school directed by the great jazz musician, Don Cherry, Neneh Cherry’s father. We built one of Buckminster Fuller’s geodesic domes in our studios and had a wonderful time. A telex allowed visitors to ask questions to people from Bombay, Tokyo and New York. Participants had to describe their image of the future, of how the world would be in 1981”. Forty years ago, from the core of the institutional realm (as director of the Museum) Hultén mounted a participative and multidisciplinary operation in open air that used constructive and communicational technologies to celebrate the anniversary of a key political episode in western history.

With this and other shows, like *Poetry must be made by all!*, or the controversial *Hon* (the enormous structure built 1966 together with Nikki de St. Phalle, Jean Tinguely and Per Olof Ultvedt, with the form of a woman lying down within which a Greta Garbo movie was being projected, while in the right chest there was a cafe, to the left a planetarium and in one of the legs a gallery of reproductions of masterworks) Hultén made it clear that a museum was literally “available space” for the marginalized expressions of the theater, opera, the sciences or the arts in general: all that lacked space in the established cultural circuit should have a place in a museum. That attitude announced his future as the founding director of the Centre Georges Pompidou in Paris, inaugurated in 1977 with eyes set on the utopias of the late seventies.

This perspective encourages the reflection that ARQ81 aims to stimulate: if culture comprises all ways of life, beliefs, and mannerisms of a group or time, the space for culture must be by necessity a collective, participative environment; an instance of exchange, play and encounter, and, above all, an unresolved field where available space still exists. This issue presents the immunity to social and legal norms of the Chilean *animistas*, the massive Catalan street festivals, rethinking the structure of the public library in Seattle and the art projects in the districts of Quito. All of them speak justly of that blank space that raises barriers and enables the spontaneous, collective construction of new realities.